

Mario Vargas Llosa

# Diario de Irak

Fotografías de  
MORGANA VARGAS LLOSA



AGUILAR |

**Mario Vargas Llosa**

**Diario  
de Irak**

Fotografías de MORGANA VARGAS LLOSA

**AGUILAR**

SÍGUENOS EN  
**me gustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## *El mal menor*

Este reportaje relata un viaje a Irak de doce días, entre el 25 de junio y el 6 de julio de 2003. Lo escribí a salto de mata, mientras vivía lo que contaba, y lo corregí a mi regreso a España, en la segunda semana de julio. Comenzó a publicarse en *El País*, de Madrid, y en diarios y revistas de varios países de Europa y América Latina a partir de los primeros días de agosto. Pero no todos los diarios y semanarios que adquirieron los derechos de edición publicaron la serie completa, sino artículos sueltos. Es una de las razones por las que me he animado a reunirlos en un libro: a fin de corregir las impresiones equivocadas o imprecisas de mi breve experiencia iraquí que podría haber dejado una lectura fragmentaria del reportaje.

He añadido, como anexos, cuatro artículos relativos a la guerra de Irak que aparecieron en mi columna «Piedra de toque» en *El País*, tres de ellos antes de mi viaje a Bagdad, y uno posterior, el relativo al atentado contra la sede de la ONU del 19 de agosto de 2003.

Quien se dé el trabajo de leer todo este material advertirá que mi oposición a la intervención militar de Estados Unidos y Gran Bretaña en Irak, expuesta de manera inequívoca el 16 de febrero, quedó muy matizada, para no decir rectificada, luego de mi viaje. Ésta fue, precisamente, una de las dos razones por las que lo emprendí: averiguar sobre el terreno —desde la perspectiva de los iraquíes— si los argumentos para condenar la intervención militar seguían siendo tan persuasivos como cuando razoné en abstracto sobre el asunto, lejos del lugar de los hechos, en Europa. (La otra razón era ver cómo le iba allá a mi hija Morgana,

que pasó cerca de dos meses en Irak trabajando para la Fundación Iberoamérica-Europa).

Sigo creyendo que fue un gravísimo error de los gobiernos de la coalición esgrimir como justificación para la acción militar la existencia de las armas de destrucción masiva en manos de Sadam Husein y la vinculación de éste con Al Qaeda y los autores de la matanza del 11 de septiembre, sobre las que no había pruebas definitivas y que a estas alturas parecen haber sido más pretextos que razones concluyentes.

Porque la destrucción de la dictadura de Sadam Husein, una de las más crueles, corruptas y vesánicas de la historia moderna, era una razón de por sí suficiente para justificar la intervención. Como se hubiera justificado una acción preventiva de los países democráticos contra Hitler y su régimen antes de que el nazismo precipitara al mundo en el Apocalipsis de la Segunda Guerra Mundial.

«Sadam Husein debía caer, pero por acción interna de los propios iraquíes», ha dicho el presidente francés Chirac, en una frase que revela un desconocimiento profundo del régimen que presidía Sadam Husein. Como el de Hitler, como el de Stalin —sus modelos—, el dictador iraquí había expropiado la soberanía de todo su pueblo y mediante el ejercicio de un terror vertiginoso, colonizado los espíritus de los iraquíes hasta aniquilar en una perspectiva más o menos próxima toda posibilidad realista de un levantamiento eficaz contra el régimen que abriera las puertas a un proceso de democratización. Hubiera sido posible, sin duda, un golpe palaciego, que reemplazara al sátrapa por otro sátrapa. O, acaso, una acción insurreccional de corte fundamentalista que instalara en Bagdad un régimen gemelo al de los ayatolás iraníes. ¿Era éste el camino de la libertad para el diezmado pueblo de Irak?

Criticable, sin duda, por su carácter unilateral y por carecer de un respaldo de las Naciones Unidas, la intervención militar de la coalición ha abierto, sin embargo, por primera vez en la historia de Irak, la posibilidad de que este país rompa el círculo vicioso de autoritarismo y totalitarismo en

que se ha movido desde que Gran Bretaña le concedió la independencia. Los lectores de este reportaje comprobarán que, con todos los sufrimientos que les ha traído la intervención militar, éstos son todavía mínimos comparados a los que los iraquíes han padecido debido a la política genocida, de abyección y de represión sistemática del régimen del Baaz. Esto no lo digo yo: lo dice el 67 por ciento de los bagdadíes consultados en una encuesta reciente de Gallup, de la que da cuenta The New York Times del 24 de septiembre. Casi dos tercios de los iraquíes, pues, reconocen que, a pesar de la falta de agua y de electricidad, de la inseguridad ciudadana y la gravísima crisis económica, están mejor que bajo la férula de Sadam Husein. Ahora, por lo menos, pese a las bombas de los terroristas, viven una esperanza y un comienzo de verdadera liberación.

Sin duda es peligroso sentar como norma el derecho de las naciones democráticas de actuar militarmente contra las dictaduras, para facilitar los procesos de democratización, pues en algunos casos semejante principio podría convertirse en una cortina de humo para aventuras de carácter colonial. Esta conducta sólo puede ser legítima en casos excepcionales, cuando, por su naturaleza extrema, sus excesos criminales y genocidas, una dictadura ha cerrado todos los resquicios de libertad que permitan una acción pacífica de resistencia a su propio pueblo, o cuando se convierte, por sus iniciativas beligerantes contra sus vecinos y sus atropellos a los derechos humanos, en un serio peligro para la paz mundial. Los testimonios de todos los iraquíes que pude recoger en mi corta estadía en Irak y de los que da cuenta este reportaje me convencieron de que el régimen de Sadam Husein se ajustaba como un guante a esta excepcionalidad.

Por supuesto que una intervención de esta índole debería haber sido legitimada por la legalidad internacional representada por las Naciones Unidas. Pero la oposición de Francia, que amenazó con su veto en el Consejo de Seguridad, cerró todas las puertas a esta posibilidad.

La guerra de Irak trasciende largamente las fronteras de la antigua Mesopotamia. Ella ha servido para sacar a la luz y agravar las diferencias entre Estados Unidos y sus antiguos aliados, como Francia y Alemania, y para atizar el odio a Estados Unidos, legitimando un nuevo anti-norteamericanismo con un aura de pacifismo y anti-colonialismo en el que se codean nostálgicos del fascismo y del comunismo con nacionalistas, social-demócratas, socialistas y los movimientos anti-globalización.

Por una extraña vuelta de tuerca, la guerra de Irak ha permitido que, en Europa y América, se dignifique a Sadam Husein como el David del tercer mundo resistiendo la aventura colonial y petrolera del Goliat-Bush, y para demonizar a Estados Unidos como la fuente primera de la crisis internacional que vive el mundo desde el 11 de septiembre de 2001. Es lamentable que la frivolidad, acompañada de un nacionalismo creciente, de los que ha hecho gala el Gobierno francés en este asunto haya contribuido a esta desnaturalización de la realidad histórica, uno de cuyos efectos más graves ha sido la división en el seno de la Unión Europea, que amenaza con demorar y acaso paralizar por tiempo indefinido el proceso de integración de Europa.

Por último, la guerra de Irak —o, mejor dicho, la posguerra— ha servido para definir lo que serán las guerras del siglo XXI. Estas confrontaciones opondrán cada vez menos, como en el pasado, a ejércitos convencionales, y cada vez más a sociedades y regímenes abiertos contra organizaciones terroristas que, gracias a los recursos de que disponen, pueden tener acceso a una tecnología bélica de gigantesco poder destructivo y causar daños inconmensurables contra las poblaciones inermes, como demostró Al Qaeda el 11 de septiembre de 2001. En las pocas semanas que han transcurrido desde que estuve allí, la situación se ha agravado, y por lo menos tres personas a las que entrevisté o que me ayudaron en mis averiguaciones —el imam Al Hakim, Sergio Vieira de Melo y el capitán de navío Manuel Martín-Oar— han perecido víctimas de acciones terroristas. Esto es, naturalmente, doloroso y grave, sobre todo para el

pueblo iraquí, que es quien padece los peores estragos de este nuevo tipo de confrontación bélica. Pero no conviene sacar de ello conclusiones pesimistas y proponer, como hacen algunos, abandonar a los iraquíes y dejar libre el terreno a los rezagos partidistas de Sadam Husein y a todas las organizaciones internacionales del terror que se han desplazado a Irak para impedir que éste sea un país libre. Esa batalla puede ser todavía ganada si la comunidad de naciones democráticas se siente concernida y actúa en consecuencia. Porque del resultado de la confrontación que tiene hoy día lugar en Irak dependerá, en buena parte, que, en el futuro, la cultura democrática termine por imponerse al terror y al fanatismo autoritario, como terminó imponiéndose a las ideologías totalitarias del fascismo y el comunismo, o que el mundo entero retorne a la barbarie de los antiguos despotismos y satrapías que son el legado político más robusto de la historia humana.

Tengo la esperanza de que este reportaje sobre la experiencia cotidiana del pueblo iraquí que sobrevivió a la dictadura del Baaz ayude, a quienes se esfuerzan por tener un juicio propio y no juzgan en función de los reflejos condicionados y los estereotipos de la corrección política, a hacerse una idea más precisa de lo que significó para el pueblo de Irak la tiranía ya derrotada de Sadam Husein (pero que sigue dando feroces coletazos de muerte antes de desaparecer del todo) y preguntarse en función de ello si esta guerra —cruel, como todas las guerras— no era el mal menor.

Washington D.C., 25 de septiembre de 2003

## *Diario de Irak*

## CAPÍTULO I

***La libertad salvaje***

Irak es el país más libre del mundo, pero como la libertad sin orden y sin ley es caos, es también el más peligroso. No hay aduanas ni aduaneros y la CPA (*Coalition Provisional Authority*), que preside Paul Bremer, ha abolido hasta el 31 de diciembre de este año todos los aranceles y tributos a las importaciones, de modo que las fronteras iraquíes son unas coladeras por donde entran al país, sin dificultad ni costo alguno, todos los productos habidos y por haber, salvo las armas. En la frontera con Jordania, el oficial norteamericano de guardia me aseguró que esta semana habían ingresado a Irak por allí un promedio de tres mil vehículos diarios con mercancías de todo tipo.

Por eso las dos largas avenidas Karrada In y Karrada Out, que zigzaguean, como hermanas siamesas, por Bagdad, ofrecen, en sus innumerables tiendas que se han desbordado hacia la calle y convertido las veredas en un pletórico bazar, una inmensa variedad de productos industriales, alimenticios y vestuarios. Y, también, en el paraíso de la piratería en materia de discos, compactos y vídeos. Pero lo que los bagdadíes compran con avidez son las antenas parabólicas, que les permiten ver todas las televisiones del mundo, algo que no les ocurrió nunca antes y que indigna a los clérigos conservadores, que ven en ese desenfreno televisivo una invasión de la corruptora pornografía occidental. Los iraquíes ahora pueden también navegar libremente por el Internet, lo que era delito en tiempos de Sadam Husein, y es divertido ver en los cafés informáticos que han brotado como hongos por Bagdad la pasión con que los bagdadíes, sobre todo los jóvenes, se entregan a este novísimo depor-

te que los integra al mundo. Pero el activo comercio callejero tiene más de trueque primitivo que de compraventa moderna. Como no hay bancos, ni cheques, ni cartas de crédito, todo se hace al contado, y, dada la desintegración del dinar (unos 1.500 dinares por dólar el último día que estuve allí), para hacer cualquier adquisición el comprador debe llevar consigo voluminosas cantidades de billetes —maletas, a veces—, que le pueden ser birladas en cualquier momento por la plaga del momento: los ubicuos Alí Babás. Porque, además de aduaneros, tampoco hay policías, ni jueces, ni comisarías donde ir a denunciar los robos y atropellos de que uno es víctima. No funcionan ministerios, ni registros públicos, ni correos, ni teléfonos, ni hay leyes o reglamentos que regulen lo que un ciudadano puede o no puede permitirse. Todo está librado a la intuición, a la audacia, a la prudencia y al olfato de cada cual. El resultado es una desatinada libertad que hace sentirse a la gente desamparada y aterrada.

La única autoridad está representada por esos tanques, tanquetas, camionetas y todoterrenos artillados, y por las patrullas de a pie de los soldados norteamericanos que cruzan y descruzan las calles por doquier, armados de fusiles y metralletas, estremeciendo las viviendas con la potencia de sus vehículos de guerra y a quienes, si uno los mira de cerca, los descubre también tan desamparados y aterrados como los bagdadíes. Desde que llegué aquí los atentados contra ellos han ido creciendo de manera sistemática y han abatido ya a una treintena y herido a cerca de 300. No es extraño que anden recelosos, con el alma encogida y el dedo en el gatillo, patrullando estas calles llenas de gentes con las que no pueden comunicarse, en este calor de mil demonios que a ellos, con sus cascos, chalecos antibalas y parafernalia guerrera, debe resultarles todavía peor que a las gentes del común. Las cuatro veces que intenté un diálogo con ellos —muchos son adolescentes imberbes—, sólo obtuve respuestas escuetas. Todos sudaban a chorros y movían los ojos en torno sin cesar, como saltamontes desconfiados. Pero Morgana, mi hija, tuvo una conversación

más personal con un soldado de origen mexicano, que, desde lo alto de un tanque, de pronto, le abrió su corazón: «¡No puedo más! ¡Llevo tres meses aquí y ya no lo aguanto! ¡Cada día me pregunto qué demonios hago aquí! Esta mañana mataron a dos compañeros. No veo la hora de volver donde mi mujer y mi hijo, maldita sea».

Corren sobre los norteamericanos que patrullan Bagdad infinidad de historias, la mayoría de las cuales son sin duda exageraciones y leyendas. Por ejemplo, que, en su desesperación por los crecientes atentados, irrumpen en las casas y cometen tropelías con el pretexto de buscar armas. Intenté confirmar algunos de estos cargos, y siempre resultaron infundados. Pero la verdad es que nadie sabe a qué atenerse, ni sobre esto ni sobre nada. Por primera vez en su historia, hay la más absoluta libertad de prensa en Irak — cualquiera puede sacar un diario o revista sin pedir permiso a nadie— y se publican más de cincuenta periódicos sólo en Bagdad (donde desde abril han surgido unos setenta partidos políticos, algunos de una sola persona), pero las informaciones que imprimen son tan contradictorias y fantaseosas que todo el mundo se queja de vivir en total incertidumbre sobre la verdadera situación.

Fui a la casa del señor Kahtaw K. Al-Ani, en el barrio de Sadea, porque me dijeron que en una vivienda contigua a la suya había habido, la noche anterior, un incidente muy violento, con varios muertos. En realidad, ocurrió cinco casas más allá. La patrulla entró rompiendo la puerta de una patada. «*This is no good, sir!*». Y hubo un muerto iraquí. Pero ¿encontraron allí armas? ¿Recibieron a los soldados americanos con disparos? No lo sabe y tampoco quiere saberlo. El señor Al-Ani vivió tres años en Reading y guarda buenos recuerdos de Inglaterra. Era un técnico en el Ministerio de Agricultura y ahora, como a todos los funcionarios del régimen derrocado, la CPA lo ha despedido. ¿No es una gran injusticia? Él y sus compañeros de oficina odiaban a Sadam Husein y al partido Baaz, al que tenían que afiliarse a la fuerza, y se sintieron felices de que los norteamericanos los liberaran de la dictadura. Pero ¿qué liberación es ésta que

ha mandado al paro, sin razón alguna, y dejado en la miseria a decenas de miles de familias que se sentían víctimas del régimen? «¡*This is no good, sir!*». Es un hombre mayor y solemne, con los cabellos cortados casi al rape, que suda a chorros. Sus hijos le secan el sudor con servilletas de papel y a cada momento me pide disculpas porque, debido a la falta de luz, no funciona el ventilador. Antes odiaba a Saddam Husein y al Baaz, pero ahora odia a los norteamericanos. Al despedirme me muestra su automóvil: no lo saca a la calle para que no se lo roben y no se atreve a salir de su casa para que no la asalten y la quemem. «¡*This is no good, sir!*».

La obsesión anti-israelí, largamente arraigada en el pueblo iraquí a consecuencia de su solidaridad con los palestinos, de la propaganda contra Israel machacada sin descanso en todos los años de la dictadura, y también, sin duda, del recuerdo del bombardeo israelí que en 1981 destruyó la central nuclear Osirak, que se hallaba en construcción con ayuda técnica francesa, genera desde la liberación toda clase de rumores sobre una invasión del capital judío en Irak, algunos delirantes. Al pasar frente al hotel Ekal, en la avenida Waziq, de Bagdad, dos amigos iraquíes me aseguran, señalando el grisáceo y viejo edificio, que parece cerrado: «Lo han comprado los judíos de Israel. Se están comprando toda la ciudad, a precio de saldo». En los días siguientes oiré, de varias bocas, que Israel ha obtenido de la CPA el monopolio del futuro turismo en Irak, disparate sin pies ni cabeza, pero que mis informantes creen a pie juntillas. La mañana en que, luego de recorrer la feria de libros viejos de la calle Al-Mutanabbi, estoy tomando un café en «El adalid de los mercaderes» se produce un revuelo en el local al ver los parroquianos aparecer, en la calle vecina, rodeado de guardaespaldas espectaculares —chalecos negros, anteojos oscuros de coqueto diseño, fusiles-metrallatas longilíneos— un elegante caballero de florida corbata y pañuelo multicolor en el bolsillo de la chaqueta (adminícu-los que nadie usa en el calor de Bagdad). Todos los parroquianos del café se estremecen con un indignado murmu-

llo: «Es el enviado de Israel». En verdad, el aparatoso personaje es el embajador de Italia. Pero las fantasías generan realidades, como saben muy bien los novelistas: unos días después de este episodio, los imames suníes de Mosul lanzan una *fatwa* amenazando con la muerte a los iraquíes que vendan sus casas o terrenos a judíos.

Tres guerras, doce años de embargo internacional y treinta y pico de años de satrapía baazista han convertido a Bagdad, que en los años cincuenta tenía fama de ser muy atractiva, en la ciudad más fea del mundo. Los centros estratégicos del poder de Sadam Husein, los ministerios y entes estatales, muchas residencias del tirano y sus cómplices, lucen sus fauces abiertas y sus vientres vaciados por el impacto de las precisas bombas estadounidenses. Y por doquier aparecen las viviendas, locales, edificios e instalaciones saqueados y quemados en el gran aquelarre delictivo que se apoderó de la ciudad los días que siguieron a la entrada de las tropas norteamericanas y que todavía no se ha extinguido. Los Alí Babás desvalijaron y dejaron en la calle, sin bienes y sin techo, a media ciudad. ¿Quiénes eran estos saqueadores? Sadam Husein, para celebrar su reelección como presidente por el cien por cien de los votos, el 15 de octubre de 2002 abrió las cárceles del país y soltó a todos los delincuentes comunes (a la vez que a la mayoría de los presos políticos los mandaba matar). ¿A cuántos soltó? Me dan cifras dislocadas, que van de treinta mil a cien mil. Esto no explica todos, pero sí buena parte de los desmanes, me asegura el arzobispo Fernando Filoni, nuncio de Su Santidad. (Especialista en catástrofes, inició su carrera diplomática en Sri Lanka, cuando los tamiles comenzaban las decapitaciones y degüellos, y estuvo representando al Vaticano en Teherán bajo los bombardeos de la guerra con Irak, «que no nos dejaban dormir»). «La falta de práctica de la libertad produce, al principio, catástrofes. Por eso, el Papa, que sabe mucho, se opuso a esta guerra. Por querer ir demasiado de prisa, Estados Unidos se encontró de pronto con algo que no previó: el vandalismo generalizado».

También es cierto que el odio acumulado contra la camarilla gobernante incitó a muchas víctimas a destrozar las viviendas de gentes del poder y todos los locales relacionados con el régimen. Pero ¿por qué las fábricas? Un experimentado industrial, Nagi Al-Jaf, con negocios en la capital iraquí y en la ciudad kurda de Suleymaniya, me cuenta que la enorme fábrica de la cerveza Farida, de Bagdad, de régimen mixto, en la que él tenía acciones, fue arrasada sin misericordia por los Alí Babás. «Entiendo que se robaran las cosas que podían consumir o vender. Pero no que destrozarán todas las máquinas y luego, como si eso no bastara, las quemaran». ¿Cuántas industrias en Bagdad fueron víctimas de estragos parecidos? Es categórico: «Todas». Le pido que no exagere, que sea objetivo. Mira largamente las estrellas del cielo de Suleymaniya y repite: «Todas. No ha quedado una sola planta industrial en Bagdad que no haya sido aniquilada de raíz». ¿Cuál es la explicación, pues? Tal vez que un pueblo no puede vivir castrado y sumido en la abyección del terror y el servilismo, como han vivido los iraquíes las tres décadas de la dictadura del Baaz (partido arabista, nacionalista, fascista y estalinista a la vez, que fundó en 1942, en Damasco, un cristiano sirio, Miguel Aflak) y los veinticuatro años de presidencia de Sadam Husein, sin reaccionar, al sentirse de pronto total y absolutamente libre, como se sintieron los iraquíes el 9 de abril, con esa explosión de anarquía, libertinaje y salvajismo que ha destruido Bagdad y dejado una herida sangrante en el alma de todos los bagdadíes.

Como no funciona ningún servicio público y no hay policías de tránsito en las esquinas, la circulación por Bagdad es un pandemonio. (La gasolina es regalada: llenar el tanque de un coche cuesta apenas medio dólar). Cada conductor va por donde le da la gana, con lo que los accidentes de tránsito son abundantes, y los atascos, enloquecedores. Pero, al menos en este ámbito, sí advertí indicios de esas famosas «instituciones espontáneas» que Hayek valora como las más duraderas y representativas, las que surgen naturalmente de la sociedad civil y no vienen impuestas